

dos expresiones se fundían en inefable expresión única: Como si la meditación se hubiera puesto a hacer de ménada y ahora tuviese los brazos cansados de los címbalos. Adonde ella, con cada anocheecer, al caer el crepúsculo, recogíame a meditar y a adorar los desconcertantes misterios de su significación: Al caer el crepúsculo, y cuando el cesar de la meridiana luz en blanco permitía que cesara también la detención de su vida, en su rostro, de que se apoderaba la vaguedad, sus ojos irrumpían de la diurna emboscada en que acechaban. Ojos de púrpura violeta, amorosoadormecidos; ojos que no me miraban sino que se mantenían fijos siempre en un más allá de encantamiento,

en espera de algo, no de mí.

Yo estaba contento. Contento, pues sa-

Francis Thompson

Lectura y glosa...

(Viene de la página 204.)

Ello es que desde que Venezuela comenzó a descollar por sus hombres eminentes en las letras y en las armas, no ha habido movimiento de renovación intelectual que no haya encontrado eco y representante distinguido entre nosotros. Ahora acaso lo comprobaréis, en lo que se refiere a autores de los comienzos del siglo XIX, que son los que leeré, cuando Venezuela apenas comenzaba su era de República independiente, tras el período de la Colonia que tan profunda e indeleble huella dejó en nuestras literatura, educación y costumbres. Pero es singular mérito de esos varones que pueda decirse de ellos que eran casi autodidactas, puesto que no fue Venezuela, entre sus hermanas españolas, la más favorecida por la Metrópoli con institutos culturales y con estímulos a los estudios superiores. Abandono explicable por el erróneo concepto entonces reinante y aún muchos años más tarde, acerca de la pobreza de aquel territorio, que en realidad es uno de los más ricos de esa parte de la Tierra Firme. Doloroso, pero necesario para explicar el esfuerzo personal de los escritores de esa época, es recordar, para citar un dato a este respecto, que cuando para 1785, por iniciativa del ilustrado sacerdote aragonés Padre Andújar, el Capitán General de Venezuela propuso establecer en la capital una cátedra de matemáticas, la Real cédula de Carlos IV negaba la licencia. Ciertamente es que ya en 1673 había sido creado en Caracas el Seminario Tridentino, elevado luego por Felipe V en 1781 a Universidad Real y Pontificia, pero en que sólo se permitían cátedras de cánones, teología, latín y algunos rudimentos de filosofía escolástica y de física. Tarde también llegó a nosotros la imprenta, órgano fundamental para la difusión de los conocimientos, puesto que fue ella introducida en Venezuela en 1808,

bía que, por así pasar inadvertido, gozaba del privilegio de adorarla: De haberme visto ella, habría rehusado, despreciado, mi mirada. Entre nosotros, ya, hay lágrimas y años: Pero los años no la consumen, ni las lágrimas no la humedecen; ni me echa de menos ella a mí ni a ningún hombre. Allí debe de estar, me parece, en su cornisa; allí, páreceme, se estará siempre: Divinidad de un accidente, en espera de cosa imposible y divina que no podrá jamás llegarle; y ella no lo sabe.

Porque rechazó la vana fábula de que la criatura de ambrosía no es más que mezcla sin espíritu, de la cal que los burdos ignorantes llaman yeso de París. ¡De París, no! De París, sí, quizás: De París el de Ida. Y tal vez sea a él a quien espera.

cuando ya desde 1566 producía frutos en México, inagotable semillero de ingenios, y en el siglo XVIII era conocida en casi todo el continente descubierto y colonizado por la incomparable energía española.

¿Cómo no admirar así a Andrés Bello, que en ambiente tan poco propicio a superiores y desinteresados estudios, resumía en su pensamiento siglos de cultura latina y española, y quien hoy mismo es contemplado como uno de los más extraordinarios polígrafos que ha producida nuestra raza hispánica? Nacido en Caracas en 1780, era apenas un modesto empleado civil de la Capitanía General, llamado luego a servir en la Junta Suprema establecida por el movimiento de emancipación de 1810. Tres años mayor que Simón Bolívar, fue sin embargo su maestro en materias preparatorias y, jóvenes los dos, a poco su compañero, con López Méndez, en la Comisión nombrada para Londres por el Gobierno revolucionario. En Inglaterra permaneció diez y nueve años, quizás porque los vapores de sangre de aquella guerra civil, que así ha de juzgarse ya la de emancipación, eran irrespirables para un hombre de libros como él y de moderado temperamento. En Chile murió en 1865, rodeado de altos honores que empuñan la gratitud de Venezuela para con la gran nación del Pacífico, donde escribió textos y tratados que aún son norma de humanistas e internacionalistas, tal como la todavía aún no superada "Gramática Castellana para uso de los americanos". Y buen descendiente de la heroica España, en el silencio de apartadas tierras meridionales, lejos de toda biblioteca de consulta directa, renovaba el culto del Cid y el estudio de su Poema. Entre brumas londinenses había escrito su "Silva a la Agricultura de la Zona Tórrida" en la que descubre un extenso y magnífico panorama del trópico, con nostalgia que exalta sus

hermosuras y en el que no deja de sentirse el dolor del patriota lastimado en sus convicciones y su amor virgiliano por los espectáculos rurales. Así declama en uno de sus versos, como pauta de una enseñanza no siempre atendida:

Amáis la libertad? el campo habita,
no allí donde el magnate
entre armados satélites se mueve...

Veamos, pues, algunos fragmentos de esa famosa Silva de Andrés Bello, que es escenario de Venezuela y de las regiones de esa zona, y en la que términos de nuestra flora tropical perfuman la estrofa y suavizan, para el gusto moderno, las aristas de algunas rimas y su tendencia didáctica:

Salve, fecunda zona,
Que al sol enamorado circunscribe
El vago curso, y cuanto ser se anima
En cada vario clima,
Acariciada de su luz, concibes!
Tú tejes al verano su guirnalda
De granadas espigas; tú la uva
Das a la herviente cuba;
No de púrpura fruta o roja o gualda
A tus florestas bellas
Falta matiz alguno; y bebe en ellas
Aromas mil el viento;
Y greyes van sin cuento
Paciendo tu verdura, desde el llano
Que tiene por lindero el horizonte,
Hasta el erguido monte
De inaccesible nieve siempre cano.

Tú das la caña hermosa,
De do la miel se acendra
Por quien desdeña el mundo los panales;
Tú en urnas de coral cuajas la almendra
Que en la espumante jicara rebosa:
Bulle carmín viviente en tus nopales,
Que afrenta fuera al múrice de Tiro;
Y de tu añil la tinta generosa
Émula es de la lumbré del zafiro,
El vino es tuyo, que la herida agave
Para los hijos vierte
Del Anahuac feliz; y la hoja es tuya
Que cuando de suave
Humo en espiras vagarosas huya,
Solazara el fastidio al ocio inerte.
Tú vistes de jazmines
El arbusto sabeo,
Y el perfume le das, que en los festines
La fiebre insana templará a Lileo.
Para tus hijos la procerá palma
Su vario feudo cria
Y el ananas sazón su ambrosía,
Su blanco pan la yuca,
Sus rubias pomos la patata educa,
Y el algodón despliega al aura leve
Las rosas de oro, y el vellón de nieve.
Tendida para ti la fresca parcha
En enramadas de verdor lozano,
Cuelga de sus sarmientos trepadores
Nectáreos globos, y franjadas flores;
Y para ti el maíz, jefe altanero
De la espiga tribu, hincha su grano;
Y para ti el banano
Desmaya al peso de su dulce carga,